

Celebración del año jubilar:
San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Beato Pedro Fabro

Carta del P. General Peter-Hans Kolvenbach, S.J.

Introducción

Al comienzo de este año del Señor 2005, quiero expresarle mis mejores deseos y oraciones a usted y a todos los jesuitas de su provincia o región. Una de las tareas de este nuevo año será preparar juntos el año jubilar que comienza el 3 de diciembre de 2005. El nacimiento en la tierra de Francisco de Jassu y Javier el 7 de abril de 1506 en Javier, Navarra, y el de Pedro Fabro el 13 de abril del mismo año en Villaret, Saboya, así como el nacimiento para el cielo de Ignacio de Loyola el 31 de julio de 1556 en Roma, nos invitan a examinar e intensificar nuestra fidelidad al llamamiento del Señor. Fueron ellos los primeros en discernirlo y en seguirlo de una manera tan creativa que sigue desafiándonos a nosotros, sus compañeros del tercer milenio. Algunas provincias y regiones están emprendiendo ya iniciativas para celebrar este histórico acontecimiento. Para estimular a toda la Compañía a hacer otro tanto, quisiera destacar en esta carta algunos aspectos de la espiritualidad original que impulsó a estos tres compañeros de Jesús y que constituyen un desafío para el cuerpo apostólico de la Compañía de hoy.

San Ignacio

“Deo militare”: *“combatir por Dios”*
Regimini militantis Ecclesiae, 27 septiembre 1540.

Esta razón de ser de Ignacio y de sus primeros compañeros se repite en todos los documentos fundacionales. Sin embargo, aunque el combate por Dios está presente en todas partes en las Constituciones, la expresión “Deo militare” ya no figura en ellas. Ignacio ha pasado del lenguaje de la gesta militar, empleado en los Ejercicios Espirituales, al de la labor paciente en la viña del Señor. En lugar de aspirar a una conquista, Ignacio espera “dar fruto”. Pero este cambio de lenguaje no cambia un ápice su pasión por servir a solo Dios en la contemplación y en la acción, reuniendo un cuerpo “para su mayor servicio y alabanza y gloria” (C. 693). Para que en todo – y también en esta su pasión por servir – Dios solo sea el primero en ser servido, Ignacio desea que “su divina y suma Majestad se sirva de esta mínima Compañía” (C. 190).

En esta visión apostólica no basta luchar por Dios, realizar una obra por Dios; es preciso – para que Dios sea en verdad servido el primero – poner este combate en las manos de Dios, el único que “ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús, como se dignó comenzarla” (C. 134). Considerando cómo Dios trabaja y labora, es decir, “habet se ad modum laborantis” (EE 236), Ignacio desea insertarse en la obra de Dios, renunciando a toda empresa, opción o preferencia que no sea claramente en la Compañía una iniciativa de este Dios que ha querido servirse de la Compañía.

Hoy más que nunca en su larga historia, la Compañía no puede vivir esta visión mística de Ignacio a menos que forme un cuerpo apostólico orante (C. 812). Oración en plena

vida activa: “el oficio del Rector será [ante todo] de sostener todo el Colegio con la oración y santos deseos” (C. 424). Dios es el primero en ser servido si en nuestra vida de apóstoles le dedicamos tiempo y espacio. Porque precisamente en los momentos de oración se trata de reconocer que es Él el que nos hace producir fruto y que de Él esperamos las iniciativas apostólicas en el servicio de su viña. Él es también el primero en ser servido cuando el cuerpo apostólico de la Compañía, en un discernimiento orante, quiere ser tocado en el corazón a fin de que su unión con Dios y sus planes de acción sean una sinergia amante de voluntades. Ignacio nos recuerda que, “para ir adelante en mayor servicio divino” (C. 281), debemos afirmar que “la Compañía, que no se ha instituido con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro” (C. 812

San Francisco Javier

“Christi Domini nostri lucem illaturi”

“Llevar la luz de Cristo nuestro Señor”

Cochin, 20 enero 1545.

Hombre de acción, esforzado misionero, sin retroceder ante nada para proclamar en voz alta la Buena Nueva, Francisco Javier nunca ha dejado de desafiarnos. Su espiritualidad es profundamente ignaciana, hasta el punto de que su correspondencia toda nos ofrece un comentario de los Ejercicios Espirituales. En ella cobra vida sobre todo la meditación de las Dos Banderas, porque Francisco Javier se cuenta entre los apóstoles enviados por Cristo al mundo entero para que “a todos quieran ayudar” “esparciendo su sagrada doctrina” (EE 145-146). “Ayudar a las almas” a gloria divina (C. 765) es ciertamente el fin que persigue la Compañía. Sobre el terreno, Francisco Javier lleva la Buena Nueva para ayudar a personas que no reflejan ya la imagen de Dios y están privadas de su propia humanidad y hundidas en la miseria (18.3.1541). Hay que ayudarlas también en su ignorancia, “porque quien no conoce a Dios ni a Jesucristo, ¿qué puede saber?” (22.6.1549).

Para explicar esta ayuda que propone la Buena Nueva sin pretender imponerla, Francisco Javier recurrió con frecuencia a la imagen del fruto. Evangelizar es hacer fruto en las almas (cfr. por ejemplo, las instrucciones al P. Gaspar, 6-14.4.1552). Encuentra a sus compañeros “cavando en las almas para sacarlas del pecado y servir a Dios nuestro Señor”, haciendo “fructificar” en las almas (20.6.1549). La metáfora del fruto habla de la gratuidad de la evangelización y de la parte que Dios y su amor tienen en el crecimiento. Como en la vida del mismo Señor, esta ayuda no se limita a la palabra sino que se extiende a la educación y al campo social, al pastoral y al comunitario. Sobre todo, para poder ayudar a otros, Francisco Javier sabe rodearse de amigos y protectores, bienhechores y colaboradores, especialmente allí donde los compañeros jesuitas son todavía escasos.

Pero lo que más nos incita en la evangelización llevada a cabo por Francisco Javier, es la urgencia que le acucia de anunciar la Buena Nueva, cuando a nosotros nos deja tan tranquilos. El hecho de que nuestra evangelización debe tener en cuenta el respeto de las conciencias y las culturas, las exigencias del diálogo y del desarrollo, los desafíos del pluralismo religioso y la indiferencia religiosa, debería empujarnos a participar del sentido de urgencia que anidaba en Javier, en lugar de resignarnos ante lo que parece

irremediable. “Esperamos en Dios nuestro Señor que hemos de hacer mucho fruto” (28.10.1542). Este es el mejor servicio que podemos prestar para contribuir al futuro de nuestro mundo. Porque estar en misión es desear y obrar de forma que la buena noticia, que es el Señor, pueda alcanzar y modelar a la humanidad entera, que espera al que es su Verdad y su Vida.

Beato Pedro Fabro

*“Orar muchísimo al Espíritu Santo que se digne moderar en nosotros todo espíritu”
Memorial, 13 mayo 1543.*

Fabro mismo, uno de los de la primera generación de la Compañía, se caracteriza a sí mismo de esta manera: “Sentí tristeza considerando que no hago obra ninguna grande, y por esto me tenía por el más infeliz de mis compañeros” (Memorial, 3.4.1545). En efecto, sin dotes de gobierno como Ignacio, y sin el empuje de un Francisco Javier para emprender grandes empresas, Fabro se dedica al acompañamiento espiritual de tantas personas que buscan a Dios, al menos a través de esta trilogía de ministerios: confesiones, conversaciones y Ejercicios. Conoce el riesgo de hacer remisamente cosas grandes, cuando “el apasionado por la gloria de Dios” no presta atención con la gracia del Espíritu Santo a “las cosas que son de Dios” (Memorial, 26.10.1542); por ejemplo, cuando se trata de acompañar personalmente a otros en el camino que conduce a Dios. De este ministerio, que Fabro privilegia, ha podido decir que el Espíritu consolador se complace en bendecir las realidades y acciones más pequeñas: “Cuanto más uno se una a Él, más abundante es la bendición que recibirán nuestros trabajos que procedan de Él y al cual se conforman” (Memorial, 3.4.1545).

Los ministerios de la “cura personalis” siguen siendo en la Compañía un desafío y una necesidad, a pesar de la inevitable y creciente institucionalización de la educación y de la formación. Los mismos cambios sociales que se imponen pasan por la conversión de los corazones, que podrían acabar con la miseria en el mundo pero realmente no lo quieren. Fabro, a quien el Espíritu Santo impulsaba a desear y esperar el cumplimiento del ministerio de Cristo consolador, puede servirnos de guía en esto. Quería también él “ayudar a muchos, consolarlos, sacarlos de varios males, librarlos, fortificarlos, administrarles luz, no sólo espiritual, sino aun (si con el favor de Dios puede uno atreverse y presumir tanto) corporal, y todas las otras cosas que son propias de la caridad hacia el alma y el cuerpo de cada uno de los prójimos” (Memorial, 26.10.1542).

Conclusión

Estos son algunos aspectos de la espiritualidad de estos primeros compañeros de Jesús que hoy todavía constituyen otros tantos desafíos para el cuerpo apostólico de la Compañía de Jesús: que Dios sea real y existencialmente el primero en ser servido en toda nuestra manera de vivir nuestra vocación; que, siguiendo a su Señor, la Compañía siga consciente de la urgencia de su misión, porque “contemplad los campos, que están ya dorados para la siega” (Jn 4,35); y que, aferrados por el Espíritu, vivamos personalmente el oficio de consolador que el Señor resucitado viene a ejercitar, a la manera como unos amigos suelen consolar a otros (EE 224).

Sobre estos diversos puntos, deberíamos verdaderamente aprovechar el año jubilar para examinar nuestra manera de vivir y poner los medios para vivir a fondo el carisma

Celebración del año jubilar:

San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y Beato Pedro Fabro
Carta del P. General Peter-Hans Kolvenbach, S.J.

recibido de nuestros Fundadores: en nuestra oración apostólica, alimentada por la Eucaristía, en nuestro celo misionero, en nuestro ministerio de ayuda espiritual a las personas. Las provincias y regiones podrán acentuar uno u otro aspecto más pertinente dentro de su contexto apostólico; pero que todas participen en este examen e intensificación de nuestra fidelidad al llamamiento acogido por Ignacio, Francisco Javier y Pedro Fabro.

Roma, 6 de enero de 2005
Solemnidad de la Epifanía